

cima de la caridad. Por eso te traicioné, por eso tramé todo aquel engaño. ¿Te convences ahora de que no fue por malicia, ni con intención de lanzarte a un peligro, sino muy a sabiendas de hacerte un bien, por lo que te arrastré a este estado?

Basilio.— Luego, ¿crees tú que para mejorar a los prójimos basta la fuerza de la caridad?

Crisóstomo.— No lo creo; pero no cabe duda que es parte muy principal que ayuda a ello. Mas si quieres que aduzca también pruebas de tu prudencia, pasaré a este capítulo, y te demostraré que en ella te aventajas a la caridad. Oyendo esto mi amigo, encendiósele el rostro todo de vergüenza y lleno de rubor me dijo:

Basilio.— Dejemos por ahora lo que a mí toca, pues no es eso sobre lo que desde el principio quería pedirte cuenta. Lo que tendría gusto en oírte es qué justas razones puedes alegar ante los extraños. Déjate, pues, de pelear contra una sombra y dime cómo nos defendemos de los demás, tanto de los que nos levantaron a tanto honor, como de los que les tiene lástima, como si hubieran de nosotros recibido un ultraje.

Crisóstomo.— También yo tengo ya ganas de venir a ese punto. Y pues he terminado mi discurso en la parte que a ti tocaba, fácil cosa será volverme a esotra parte de mi defensa. Así, pues, ¿de qué me acusan esos señores y qué cargos alegan contra mí? Dicen que han sido por mí ultrajados y que les causé grave disgusto por no querer aceptar el honor que ellos me ofrecían. A esto primeramente respondo que ningún caso debe hacerse del agravio de los hombres, cuando, de honrarlos a ellos, hubiera de seguirse ofensa de Dios. Y añadido más, que el irritarse por esto no es cosa exenta de peligro para los mismos que se irritan, sino que lleva aparejado grande castigo. Porque entiendo yo que los hombres consagrados a Dios y que a El solo miran en sus obras, deben mantenerse en tal serenidad de espíritu que ni por pensamiento se sientan injuriados, aunque recibieran mil injurias de este linaje. Pero es evidente que a mí no me pasó por la cabeza semejante atrevimiento, y vas a verlo en seguida. En efecto, si por arrogancia y vanagloria, como muchas veces me has dicho que me levantan por ahí, tomé la determinación que tomé, realmente habría que dar la razón a mis acusadores y confesar que cometí gravísima falta, menospreciando a unos venerables e ilustres varones, que por añadidura venían a hacerme un beneficio. Y si es digno de castigo el que ofende a quien no le ofendió, ¿qué no merecerá el que ultraja al

que espontáneamente le quiere hacer un beneficio? Espontáneamente digo, porque a nadie se le ocurrirá decir que en mi caso venían a pagarme beneficios, ni chicos ni grandes, que hubieran antes de mí recibido. Pues, ¿qué castigo no merecerá pagar beneficios con agravios? Mas si nada de todo esto me pasó a mí jamás por la cabeza; si con muy otra intención decliné un peso demasiado grave para mis hombros, ¿por qué se cierran al perdón y, ya que no les pedimos alabanzas por lo hecho, siquiera no me acusen y condenen porque hube lástima de mi propia alma?

Su negativa fue un honor para los electores.

Estaba yo tan lejos de soñar en injurias contra aquellos señores, que más bien diría que mi negativa fue un honor que les hice. Y no te sorprenda lo que te digo, como si fuera una paradoja, pues al punto voy a darte la explicación. En efecto, caso de haber aceptado, ¡qué no hubieran dicho, qué de sospechas no habrían echado a volar, si no todos, sí cierto aquellos para quienes no hay placer como hacer comidilla de los hechos ajenos! ¡Qué mal parados quedáramos elegidos y electores! “Esa gente —dirían— no mira más que al dinero, admiran lo ilustre del linaje, se han dejado seducir por sus adulaciones para elegirle sacerdote...” Y quién sabe si alguno añadiría que llegué yo a sobornarles por dinero. “Cristo —proseguirían los maldicientes— allá se escogió unos pescadores y fabricantes de tiendas y alcabaleros para levantarlos a la dignidad sacerdotal; pero éstos desechan a los que viven del trabajo de sus manos y sólo alaban y admiran a los que tienen no sé qué tintura de letras profanas y viven en la holganza. Si no, ¿por qué han desdeñado a los que se han pasado toda la vida trabajando por el bien de la Iglesia, y levantan de pronto al pináculo de la gloria a quien no cató jamás los sudores del trabajo, sino que se pasó los años en el vano estudio de las letras profanas?” Todo eso, y mucho más, pudieran haber dicho, si yo hubiera aceptado la dignidad que se me ofrecía. Mas ahora la cosa cambia; cortado queda de raíz todo pretexto de acusación y ni a mí podrán echarme en cara supuesta adulación, ni a ellos imaginada venalidad, a no ser que esos maldicientes pierdan sencillamente el seso y hablen como locos. ¿Quién hay, en efecto, que por adulación y dinero trate de adquirir una dignidad y cuando está ya para alargar la mano a ella, deje tranquilamente

que otro se la lleve? Sería lo mismo que si un labrador cultivara sus tierras con grandes sudores y mucho gasto de dinero con el fin de ver sus eras cargadas de haces y sus lagares rebosantes de vino, y luego, venida la recolección y la vendimia, otros se llevaran el fruto de sus gastos y sudores. ¿Ves cómo de haber yo aceptado, por muy lejos que los murmuradores estuvieran de la verdad, tendrían al menos un agradero para decir que mis electores no se guiaron por el recto juicio y razón? Mas ahora, no les consentimos sencillamente ni abrir la boca ni despegar los labios. Y todo eso, y mucho más que te dijera, no sería sino comenzar. Porque una vez que pusiera manos en mi cargo, aun cuando lo hiciera como un ángel, no bastarían fuerzas humanas para responder a las críticas de cada día. Pues no digamos si por mi inexperiencia y poca edad, como por fuerza había de suceder, cometía mil errores. Pues de toda esta acusación he librado a mis electores no aceptando, como de haber aceptado los hubiera expuesto a mil baldones. Pues ¿qué no se hubiera dicho sobre el caso? “¡Las cosas más altas y venerandas han sido puestas en manos de chiquillos sin conocimiento! ¡Han destruido el rebaño de Dios! ¡La religión cristiana se ha convertido en materia de befa e irrisión!” mas ahora “toda iniquidad tendrá que cerrar su boca” (Ps. 106, 42). Y si acaso lo que de mí pudiera decirse, te lo aplicaran ahora a ti, tú les demostrarás muy pronto por las obras, que no se mide la prudencia por la edad, ni se respeta al anciano simplemente por las canas; que no al joven es al que por principio se ha de apartar de este ministerio, sino al neófito. Y bien se ve que de lo uno a lo otro va mucha diferencia.

LIBRO TERCERO

Sobre el Sacerdocio.

Recházase la imputación de soberbia.

Poco más tendría que añadir fuera de lo dicho sobre la supuesta injuria por mí inferida a los que me honraron con su elección, y sobre la intención que se me atribuye de haberme escapado para avergonzarlos. Lo que intentaré demostrarte ahora, según mis fuerzas, es que tampoco hui hinchado por el orgullo. En efecto, si me hubieran ofrecido la dirección de un ejército o el trono de un imperio, y no lo aceptara, pudiéraseme, con razón, tachar de orgulloso; o mejor dicho, nadie me hubiera entonces calificado de tal, sino de loco rematado. Ahora bien, no se me ofreció un imperio, sino el sacerdocio, que está por encima de todo imperio, cuanto el espíritu sobre la carne. Y ¿habrá alguien que se atreva a imputarme haberlo rehusado por menosprecio y desdén? Mas ¿no sería absurdo tener por locos a los que desdennan lo menos, y a los que desprecian aquello que sobrepuja todo lo humano se les absuelva de toda locura y se los condene, a carga cerrada, por soberbios? Llamamos a un pobre hombre y le ofrecemos una magnífica manada de bueyes y los rechaza, porque se desdena de ser pastor. “¡Es un loco, decimos! ¡No tiene cabeza!” Y a nadie se le ocurre tacharle de soberbio.

Pero viene otro a quien se le da un bledo por todos los imperios de la tierra y por todos los ejércitos de los imperios, y ya a éste no se le tacha de loco, sino de soberbio y arrogante. Mas no, no es así en manera alguna, y los que así hablan más bien se acusan a sí mismos que a mí. Porque sólo pensar que quepa en humana naturaleza despreciar una dignidad tan alta como la del sacerdocio, es ya prueba que

condena a los que tan pobre opinión manifiestan tener en este asunto. Porque si no creyeran que se trata de cosa de poco más o menos, y de que no hay por qué hacer demasiado caso, ni por pensamiento les hubiera pasado sospechar que puede nadie rechazarlo por desprecio. Si no, ¿por qué a nadie se le ocurrió jamás sospecha semejante respecto de la dignidad de los ángeles y decir que el alma humana no puede, por su soberbia, aceptar esa dignidad? Pues porque nos figuramos cosas altísimas de aquellas celestes potestades y no nos cabe en la cabeza que pueda un hombre desdeñar un honor cual no alcanzamos a imaginar mayor. En conclusión, que justamente pueden ser acusados de soberbia los que me la achacan a mí; pues es claro que jamás hubieran sospechado de los demás tal cosa, si ellos primero no tuvieran un bajísimo concepto del sacerdocio.

Recházase la acusación de vanagloria.

Pues vengamos a la acusación de vanagloria. ¿Quién no ve que aquí caen en contradicción manifiesta y que vuelven sus armas contra sí mismos? No sé yo, en efecto, qué mejores argumentos pudieran buscar, si trataran de librarme de toda acusación de vanagloria. Pues es claro que si alguna vez me hubiera acometido esa pasión de vanagloria, más bien debiera haber aceptado que no huir. ¿Por qué? Sencillamente, por la mucha gloria que ello me acarrearía. Porque eso de que a mi edad y salido apenas de los cuidados seculares, me presentara de pronto a los ojos de todo el mundo como algo tan prodigioso que fui preferido a los que gastaron su vida entera en trabajar por la Iglesia, y me llevara yo solo más votos que todos ellos juntos, cosa era para que todos barruntaran de mí maravillas y se me rodeara de veneración y de gloria. Mas ahora la mayor parte de la Iglesia ni de nombre me conocen, fuera de unos cuantos; de suerte que ni siquiera sabrán todos que rechacé la elección, sino unos pocos, y aun éstos me figuro que no tendrán tampoco idea clara de lo sucedido. Lo probable es que la mayor parte crea que no fui en absoluto elegido; y los demás, que si me eligieron, me rechazaron luego por no haberles parecido apto, y no que voluntariamente hui.

Basilio.— Mas no cabe duda, que los que sepan la verdad del caso se admirarán.

Crisóstomo.— ¡Los que sepan la verdad del caso! Esos son preci-

samente los que me has dicho que me calumnian de vanagloria y soberbia. ¿De dónde, pues, voy a esperar alabanza? ¿De la gente? La gente no sabe a punto fijo lo ocurrido. ¿De unos pocos que lo saben? Mas también aquí las cosas nos han salido al revés, pues no fue otra la causa de tu venida a mi casa, sino para saber lo que debías responder a estos pocos. Mas ¿a qué apurar ahora la cosa sobre ese punto? Espera un poco y verás claro como la luz que, ni que todo el mundo supiera la verdad del caso, me podrían acusar de soberbia y vanagloria. Y aparte de eso hay otra cosa más grave todavía y es que no ya el que tal descaro tuviera de despreciar el sacerdocio (si hay alguien tan osado entre los hombres, cosa que yo no puedo creer), sino los mismos que esto sospechan de los demás, están en muy gran peligro de sus almas.

La grandeza del sacerdocio cristiano sobre el de la antigua ley.

Porque el sacerdocio, si es cierto que se ejerce sobre la tierra, mas pertenece al orden de las cosas celestiales y con sobra de razón. No fue un hombre, en efecto, no un ángel o arcángel, no poder alguno criado, sino el mismo Espíritu Consolador el que estableció esta jerarquía e hizo que, permaneciendo aún en la carne, pudieran los hombres pensar en ejercer ministerio de ángeles. Por lo cual, debe ser el sacerdote tan puro como si estuviera en los cielos en medio de aquellas angélicas potestades. Ciertamente lo que precedió la Ley de gracia eran cosas terribles y venerandas, tales como las campanillas, las manzanas, las piedras sobre el pecho, las del humeral, la mitra, la *cídaris*, el vestido rozagante, la lámina de oro, el *Sancta Sanctorum*, aquella grande soledad del interior. Mas si consideramos los misterios de la Ley de gracia veremos qué poco vale todo aquel aparato de temor y espanto, y cómo también aquí se cumple lo que de la Ley fue dicho: “Que al lado de la sobreeminente gloria de la Gracia, no es gloria la gloria de la Ley” (2 Cor. 3, 10). Contempla, en efecto, al Señor crucificado y puesto como víctima sobre el altar; mira al sacerdote que preside el sacrificio y ora; mira otrosí a todos los allí presentes como bañados y teñidos con aquella sangre preciosísima, y dime si crees estar aún entre los hombres y que asientas tus pies sobre la tierra, y no te sientes más bien trasladado de pronto sobre los cielos, y, arrojando de tu alma todo pensamiento carnal y terreno, crees

contemplar con alma desnuda y mente pura la gloria misma del cielo. ¡Oh maravilla! ¡Oh benignidad de nuestro Dios! El que está en el cielo sentado a la diestra de Dios Padre se pone en aquel momento en las manos de todos; todos pueden entonces, contemplarle con los ojos de la fe. ¿Es que todo esto te parece digno de desprecio y tal que pueda nadie levantarse soberbiamente contra tan soberanos misterios?

¿Quieres ver, por otra maravilla, la sobreeminente santidad de estos misterios? Imagínate que tienes ante los ojos al profeta Elías: Mira cómo le rodea la muchedumbre; el sacrificio sobre las piedras, la quietud y silencio de todos, cómo sólo el profeta ora; y, de pronto, mira cómo baja fuego del cielo que consume el sacrificio. Todo esto es admirable y nos llena de estupor. Pues ahora trasládase de ahí y contempla lo que entre nosotros se cumple, y verás no sólo cosas admirables, sino algo que sobrepasa toda admiración. En pie está el sacerdote, no para hacer bajar fuego del cielo, sino para que descienda el Espíritu Santo, y prolonga largo rato su oración, no para que una llama desprendida del cielo consuma las víctimas, sino para que descienda la gracia sobre el sacrificio y abraza las almas de todos los asistentes, y las deje más brillantes que la plata acrisolada.

Siendo esto así, ¿quién habrá tan loco y mentecato que se atreva a menospreciar un misterio tan tremendo? ¿O es que ignora que sin particular auxilio de la gracia de Dios no habría alma humana capaz de soportar la prueba de ese fuego, sino que nos consumiría a todos de punta a cabo?

Cuán grandes sean los poderes del sacerdote.

Pues quien atentamente considere qué cosa sea estar un hombre envuelto aún en la carne y sangre, y, con todo eso, llegarse tan cerca de aquella bienaventurada y purísima naturaleza, ése podrá justamente entender qué tan grande sea el honor que la gracia del Espíritu Santo le otorgó al sacerdote. Porque por manos del sacerdote se cumplen los misterios dichos y otros que no les van en zaga, ya se considere su dignidad en sí, ya el fin de nuestra salvación a que todos se ordena. A los moradores de la tierra se les ha permitido disponer de los tesoros del cielo, y a los hombres dio Dios un poder que ni ángeles ni arcángeles alcanzaron jamás. Porque no fue a éstos a los que se ha dicho: “Todo lo que vosotros atareis sobre la tierra, atado será tam-

bién en el cielo, y lo que vosotros desatareis sobre la tierra, desatado será también en el cielo” (Mat. 18, 18). Ciertamente que los que ejercen autoridad en el mundo tienen también poder para atar; pero es sólo los cuerpos; mas esta sacerdotal atadura aprieta al alma misma y atraviesa los cielos, pues lo que aquí abajo hacen los sacerdotes, Dios lo ratifica en los cielos, y lo que el siervo sentencia, el Señor lo confirma. ¿Qué otra cosa es esto sino concederles todo el poder de los cielos? Pues dice: “A quienes perdonareis los pecados, perdonados les quedan, y a quienes se los retuviereis, retenidos les son” (Joh. 20, 23). ¿Puede haber poder mayor que éste? “Todo el juicio le dio el Padre a su Hijo” (Joh. 5, 22). Mas lo que yo veo es que todo ese juicio fue puesto a su vez por el Hijo en manos de sus sacerdotes. De suerte que bien puede decirse que han sido levantados a tan sublime dignidad cual si hubieran sido ya trasladados a los cielos y trascendieran nuestra humana naturaleza y estuvieran libres de nuestras pasiones.

Voy a ponerte otro ejemplo. Concede el Emperador a uno de sus súbditos parte tan grande de su autoridad y poder, que puede éste encarcelar o poner en libertad a quien le diere la gana. ¿No te parece que sería el hombre envidiado por su suerte y aparecería como conspicuo a los ojos de todos? Pues ¿qué diremos del sacerdote que recibió de Dios poder tanto mayor cuanto es de más precio el cielo que la tierra y las almas que los cuerpos? ¿Parécete que se le hizo tan menudado honor que pueda a algunos pasarles por las mientes que a quien tales cosas se le confían puede menospreciar ese don de Dios? ¡Dios nos libre de tamaña locura! Porque locura fuera manifiesta menospreciar una dignidad, sin la cual no podríamos salvarnos ni alcanzar los bienes que nos están prometidos.

Los sacerdotes, dispensadores de las gracias divinas.

Porque si es cierto que nadie puede entrar en el reino de los cielos, si no es regenerado por el agua y el Espíritu; si el que no come la carne del Señor y bebe su sangre, es excluido de la vida eterna; si, finalmente, todo esto ha de cumplirse sola y exclusivamente por medio de aquellas santas manos del sacerdote, ¿cómo podrá nadie, alejado del sacerdote, escapar al fuego del infierno, ni alcanzar las coronas que nos están guardadas en la gloria? Porque ellos son, ellos, los que nos engendran a la vida divina; ellos los que por el bautismo nos dan

a luz; por ellos nos revestimos de Cristo y nos consepultamos al Hijo de Dios, hechos miembros de aquella divina y bienaventurada Cabeza. De suerte, que los sacerdotes no sólo deben merecernos reverencia mayor que los reyes y príncipes, sino que debiéramos honrarlos justamente más que a nuestros mismos padres.

Los sacerdotes, padres espirituales.

Pues éstos nos engendraron por la sangre y la voluntad de la carne; mas aquéllos fueron causa de nuestra generación en Dios, de aquel nuevo nacimiento bienaventurado, de la libertad verdadera y de la filiación divina por la gracia. Los sacerdotes judíos tenían poder de librar de la lepra, digo mal, no de librar, sino de examinar y dar un certificado a los que estaban ya libres de la lepra; y bien sabes cuán disputada era entre ellos la dignidad sacerdotal. Mas los sacerdotes cristianos han recibido potestad, no sobre la lepra del cuerpo, sino sobre la impureza del alma, y no sólo de certificar sobre la ya curada, sino de limpiar absolutamente de ella a las almas. De manera que quien a éstos desprecia, mayor sacrilegio comete y mayor castigo merece que Datán y sus secuaces (Núm. 16). Porque éstos, si es cierto que pretendían una dignidad que no les correspondía, sin embargo en el mismo empeño con que la pretendían, daban bien a entender la altísima idea que de ella tenían; mas esotros, cuando el sacerdocio está adornado de mayores preases y recibió más altas prerrogativas, por opuesto camino que aquéllos cometen con él un desacato mayor. Porque no es lo mismo, en orden a desdén, pretender una dignidad que no nos corresponde, que despreciarla; sino que va de lo uno a lo otro, lo que va de admirar a desechar. Pues ¿qué alma habrá tan desgraciada que menosprecie tan grandes bienes? Yo, francamente, jamás me atrevería a afirmarlo de nadie, a no ser que le incitara a ello un agujón diabólico.

Mas volvamos a tomar el hilo de lo que decíamos sobre la espiritual paternidad del sacerdote. Digo, pues, que no sólo para castigar, sino también para hacernos bien, Dios ha concedido mayor poder a los sacerdotes que a nuestros padres naturales, y hay entre unos y otros la misma diferencia que entre ésta y la otra vida, pues los unos nos engendran para la una y los otros para la otra. Por lo demás, nuestros padres no tienen poder para librarnos de la muerte ni para

alejar de nosotros una enfermedad que nos acometa; los sacerdotes, en cambio, no sólo con sus amonestaciones, sino también con la ayuda de sus oraciones, han curado a muchas almas enfermas y han salvado a las que estaban a punto de perecer; a unas, aminorándoles el castigo que sus culpas merecían; a otras, impidiéndoles de todo punto caer en el pecado. Porque no sólo al engendrnarnos por el bautismo, sino también después tiene el sacerdote poder de perdonar los pecados. Dice, en efecto, la Escritura: “¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los ancianos de la Iglesia y hagan oración sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor; y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor le levantará; y si hubiere cometido pecados, se le perdonarán” (Jac. 5, 14-15). Además, los padres naturales poco o nada es lo que pueden hacer por sus hijos, cuando éstos han ofendido a algún gran personaje o poderoso de la tierra; mas los sacerdotes pueden reconciliarnos, no con los príncipes, no con los emperadores de la tierra, sino con el mismo Dios, irritado contra nosotros. ¿Habrà, pues, todavía quien osare, después de lo dicho, culparme de soberbio y arrogante por no haber aceptado el sacerdocio? Yo creo más bien que quienes atentamente me hayan escuchado han debido concebir tal reverencia hacia él, que no ya a los que huyen, sino a los que por su cuenta se abalanzan y con todo empeño procuran alcanzar este honor, a ésos condenarán por soberbios y temerarios. Porque si los que tienen encomendado el gobierno de los estados, si no son muy prudentes y en grado sumo perspicaces, los estragan y arruinan, y juntamente se pierden y arruinan a sí mismos, ¿qué virtud no habrá menester, virtud propia y dada de lo alto, aquel a quien cupo en suerte adornar la Esposa de Cristo, si no quiere desbarrar en mil faltas?

Temor de San Pablo por la grandeza de este ministerio.

Nadie amó a Cristo más que Pablo; nadie desplegó mayor celo; a nadie se le concedió mayor caudal de gracia, y, sin embargo, después de tan altos privilegios, todavía teme por este gobierno y por sus gobernados: “Temo —dice— que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, no se corrompan también vuestros pensamientos y se aparten de la sencillez de Cristo” (2 Cor. II, 3). Y en otra ocasión: “Con gran temor y temblor me presenté a vosotros” (I Cor., 2, 3). Así habla un hombre que fue arrebatado al tercer cielo, que tuvo parte en los secre-

tos de Dios, que sufrió tantas muertes cuanto fueron los días que vivió después de su conversión, un hombre que ni siquiera quiso usar de la potestad que Cristo le había dado por temor de escandalizar a algunos de los fieles. Pues si el que llevaba su generosidad más allá de los mandamientos de Dios, y en nada se buscaba a sí mismo, sino en todo el interés de sus súbditos; si el Apóstol, digo, así estaba sobrecogido de la grandeza de esta dignidad, ¿qué me pasará a mí, que en tantas ocasiones me busco a mí mismo, que no sólo no sobrepasé en generosidad los mandamientos de Cristo, sino, que quebranté la mayor parte de ellos? “¿Quién está enfermo –dice el Apóstol– y no enfermo yo también? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?” (2 Cor., 11, 29). Tal debe ser el sacerdote, mejor dicho, aun es eso poco. Poco es, en efecto, o nada lo dicho para lo que voy a decir. ¿Qué? “Rogaba yo ser separado de Cristo por mis hermanos según la carne” (Rom., 9, 3). El que pueda pronunciar esa palabras, aquel cuya alma haya llegado a hacer esa súplica a Dios, ése sí que merecería se le formara juicio, si huía del sacerdocio; mas el que está tan lejos de esa virtud, como lo estoy yo, no se hace odioso si huye, sino si acepta. Lo mismo que si se tratara de una dignidad militar y los que tienen facultad de dar esos grados echaran mano de un herrero o zapatero o de cualquier otro artesano por el estilo, y le encomendaran el mando de todo el ejército; yo no alabaría a ese desgraciado, si no huía y hacía todo lo posible por no precipitarse en un inminente desastre. Porque si, en efecto, bastara que se nos dé nombre de pastores y poner luego manos a la obra, venga como viniere, y nada se arriesgara en ello; en ese caso, acúseme quienquiera de vanagloria: mas si el que ha de recibir el cuidado de las almas, necesita exquisita prudencia y antes que prudencia, gran caudal de gracia de Dios y santidad de costumbres y pureza de vida y una virtud, en fin, sobrehumana; no me niegues ya el perdón por no haberme querido vana y temerariamente precipitar a mi perdición. Si el capitán de un navío, lleno de remeros y cargado de infinitas mercancías preciosas, haciéndome sentar junto al timón, me ordenara atravesar el Mar Egeo o el Tirreno, yo saltaría a la primera palabra, y si alguien me preguntara por qué: “–Pues por no echar la nave a pique”, le contestaría al punto. Pues ya, si ahí que no se trata sino de perder más o menos dinero, o de correr un riesgo que no puede pasar de muerte corporal, está bien que se use de toda previsión y cautela; ¿habrá razón para condenarme y aborrecerme, porque no me arrojé de cabeza en mal tan grande, empuñando el gobernalle en

una navegación en que los náufragos no se ahogan en este piélago visible, sino que caen en el abismo del fuego, y la muerte no viene sólo a separar el alma del cuerpo, sino a precipitar cuerpo y alma en el castigo eterno? ¡No tal!, te ruego y te suplico.

Navegación entre monstruos.

Conozco muy bien mi propia alma, débil ella y pequeña; conozco también la grandeza de este ministerio y las dificultades que lleva consigo. Las olas que se levantan en el alma del sacerdote son más fuertes que las que levantan los vientos en el mar. Los escollos le amenazan por doquier, y, ante todo, ése de la vanagloria, el más espantoso de todos, más difícil de sortear que aquel de las Sirenas que fantasearon los poetas, pues éste fueron muchos los navegantes que lograron pasar junto a él sanos y salvos; mas esotro, me parece a mí tan difícil de evitar, que ni aún ahora, cuando nada hay que me empuje a ese abismo, puedo tenerme por enteramente libre de peligro. Pues si encima me encomiendan ahora esa prelación, ello sería poco menos que arrojarme atado de pies y manos a que día a día me fueran desgarrando las fieras que habitan esos antros. ¿Qué fieras son éstas? Ira, tristeza, contienda, calumnia, delaciones, mentiras, hipocresía, insidias, maldiciones contra inocentes, complacencia en las torpezas de los compañeros de ministerio, tristeza de su prosperidad, amor de alabanzas, ambición de honores (ésta es, de las pasiones humanas, la que más fuertemente se enrosca al alma), doctrinas para el placer, adulaciones serviles, halagos innobles, desprecio de los pobres, acatamiento a los ricos, honras irracionales y dañosas, favores, peligrosos a los que los hacen y a los que los reciben, temor servil y que sólo dice con vilísimos esclavos, pérdida de la libertad para decir la verdad, mucha apariencia de humildad, ninguna humildad verdadera, jamás corregir ni reprender a nadie, desmandarse, si acaso, contra los humildes y no osar ni abrir la boca contra los poderosos. Estas, y muchas otras más, son las fieras que cría aquel escollo en sus antros. El desgraciado que alguna vez cae en sus fauces, a tal punto de servidumbre es reducido, que aun por complacer a mujeres viene a hacer cosas que no estaría bien ni nombrarlas.

La mujer obedezca y calle...

La ley divina las expulsó de este ministerio, mas ellas contra viento y marea pugnan por introducirse en él, y ya que por sí mismas nada pueden, se valen de otros para hacer lo que les da la gana. Y ya se han alzado hasta tal punto con el mando, que en su mano está elegir o deponer a los que se les antoja, y aquí se cumple lo que comúnmente se dice, que lo de arriba abajo, y lo de abajo arriba, pues los que debieran mandar obedecen, y los que habrían de obedecer son los que mandan. Y menos mal si, al cabo, fueran hombres los que mandan y no precisamente aquellas a quienes no les está permitido ni enseñar (I Cor., 14, 34). Mas ¿qué digo enseñar? Ni hablar les consintió San Pablo en la Iglesia. Mas yo he oído contar que algunas se han tomado ya tanta libertad, que han llegado a reprender a los mismos prelados de las Iglesias y les han dirigido palabras más duras que los amos a sus esclavos.

No echar al sacerdocio las culpas del sacerdote.

Mas no vaya a pensar nadie que yo hago por igual culpables a todos los sacerdotes de los pecados susodichos. Porque hay muchos, muchos hay, repito, que saben desenredarse de estos lazos, y sin duda son más numerosos que los que se dejan prender en ellos. Y, en todo caso, tampoco podría inculparse por ello al sacerdocio mismo, y no quiera Dios que cometa yo esa locura. Porque obrando en buena razón, nadie culpa al hierro de que mata, ni al vino de que embriaga, ni a la fuerza de que llegue a la violencia, ni al valor de que sea a veces temerario, sino a quienes se acusa y castiga es a los que usan indebidamente de esos dones de Dios. Más bien debiera el sacerdocio culparnos, con razón, a nosotros, por ponerlo en manos de quien no debiéramos. Porque no es el sacerdocio causa de los males del sacerdote, sino que fuimos nosotros, en cuanto estuvo de nuestra parte, los que lo mancillamos con tan grandes impurezas, al encomendárselo a hombres cualesquiera. Porque sin conocer a fondo su propia alma, ni haberse medido con el peso y grandeza del negocio que acometen, aceptan muy gustosos lo que se les ofrece; mas venido luego a la práctica, andan a ciegas por su inexperiencia y arrastran a mil desas-

tres a los pueblos que les fueron confiados. Y eso, eso fue precisamente lo que estuvo a punto de sucederme a mí, si Dios no se apresura a sacarme de tan grave peligro, por lástima que hubo de su Iglesia y de mi alma. Pues, ¿de dónde, dime por tu vida, de dónde crees tú que proceden tan graves perturbaciones en las Iglesias? Yo, por mi parte, soy de parecer que no tienen otro origen, sino al hacerse las designaciones y elecciones de prelados al azar y a la buena de Dios. Pues, claro está, que, ante todo, había que mantener la cabeza muy sana, a fin de resistir y reducir a debido punto las exhalaciones que de abajo le llegan, desprendidas de los demás miembros del cuerpo; mas si empieza por estar mala la cabeza, no pudiendo rechazar aquellos pestilentes vapores, no sólo se pondrá ella más enferma de lo que ya de suyo estaba, sino terminará arruinado todo el cuerpo. Pues para que esto no suceda por mí, Dios me ha conservado en el orden de los pies, que es el que desde un principio me cupo en suerte.

Que no se debe, por ambición, desear el sacerdocio.

Porque muchas más partes, ¡oh Basilio!, muchas más, se requieren, allende lo dicho, para hacer un sacerdote perfecto, de que yo carezco. Y, ante todo, ésta: Que de todo punto guarde su alma limpia de ambición de esta dignidad. Porque si apasionadamente la desea y por ambición la alcanza, puesto en ella, el fuego se enciende con más fuerza, y apoderándose con violencia de su alma, a trueque de mantenerse en el puesto alcanzado, le obligará a mil inconvenientes, a adulaciones, vilezas y aun dispendios de dinero. Pues que por disputarse esta dignidad han hecho algunos correr la sangre en las Iglesias y han desolado ciudades enteras, cosas son que no quiero referir aquí, no sea que se tengan por increíbles. Mas yo creo que debiera tenerse tal reverencia de cosa tan alta, que por principio debiera huirse de tomar sobre sí esa carga; mas ya que uno se halle constituido en la dignidad, no debiera esperar el juicio y condenación de los demás, sino adelantarse y retirarse voluntariamente del cargo, si alguna vez sucediere cometer un pecado que merezca la deposición; pues así cabe esperar que se atraerá la misericordia de Dios. Mas asirse a la dignidad más de lo debido, es no sólo, cerrarse toda puerta al perdón, sino encender más la cólera divina, añadiendo un pecado a otro pecado.

“Bonum opus desiderat”

Que nadie jamás sea reo de este crimen. Terrible cosa, en efecto, terrible cosa es el apetito de este honor. Y no digo esto con ánimo de contradecir a San Pablo, sino en completa armonía con sus palabras. Pues, ¿qué es lo que dice el Apóstol? “Si alguno desea el episcopado, buen trabajo desea” (I Tim., 3, 2). Mas yo no digo que sea peligroso desear el trabajo, sino la autoridad y el poder. Y este apetito de autoridad es el que yo opino que hay que arrojar a todo trance del alma, sin consentir que ni un momento se apodere de nosotros, si queremos obrar en todo con entera libertad. Porque quien no ambiciona el brillo de esta dignidad, tampoco teme ser depuesto de ella, y libre de este temor, podrá obrar en todo con la libertad de espíritu que a un cristiano conviene. En cambio, los que temen y se estremecen a la sola idea de la deposición sufren una bien amarga servidumbre, fuente de infinitos males, y que los obligan muchas veces a ofender a Dios y a los hombres. Mas no es esa la disposición en que debemos mantener nuestra alma, sino que como vemos que en la pelea los soldados generosos luchan con ardor y caen valerosamente, así los que vienen al ministerio sacerdotal, han de desempeñarlo, y han de cesar en él, de aquella manera que dice con hombres cristianos, sabiendo que una injusta deposición no merece menor corona de gloria que la misma dignidad. Porque cuando uno sufre atropello semejante por no consentir nada indigno ni indecoroso a la misma dignidad que ejerce, para los que injustamente le deponen, atrae castigo, y para sí se aparece mayor galardón y recompensa. “Bienaventurados sois —dice el Señor— cuando os injurien y persigan, y cuando digan toda palabra mala contra vosotros mintiendo, por causa de mí; alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos” (Mat., 5, 11, 12). Y si esto es así cuando uno sufre el atropello por parte de sus mismos compañeros de ministerio, ya por envidia que le tengan o por congraciarse con un tercero o por enemistad o por otro cualquier torcido cálculo; cuando lo sufre de parte de sus contrarios, no hay ni qué decir la ganancia que con su iniquidad le procuran.

Así, pues, mírese por todos lados y examínense todos los resquicios, no sea que por alguno, sin darse cuenta, entre una chispa de este fuego de ambición, pues por contentos nos diéramos si los que están en un principio limpios de esta pasión pueden escapar de ella una vez

puestos sobre el candelero. Mas si, ya antes de alcanzar la dignidad, se cría y alimenta calladamente esta fiera terrible y cruel, no hay palabras para explicar a qué horno se arroja el hombre una vez que la alcanza. Yo te confieso (y no creas que por alarde de modestia voy a mentirte en lo más mínimo) que tenía también ese deseo, y no pequeño, y no fue esa la menor causa, junto con lo demás, para atemorizarme y hacerme emprender aquella fuga. Porque así como los amantes, si están cerca de sus amores, es mayor el tormento que sufren; mas si se alejan lo más que puedan, la ausencia misma los cura de su locura amorosa; de esta manera, los que ambicionan esta dignidad sufren tormento intolerable; mas si desesperan de alcanzarla, con la esperanza se extingue también el deseo.

Tenga el sacerdote mil ojos.

No era ése, por sí solo, pequeño motivo; aunque más no hubiera, él solo bastaba para alejarse de esta dignidad; pero es que en realidad hay que añadir otro no menor. ¿Cuál es ése? El sacerdote ha de ser vigilante, perspicaz, que tanga mil ojos que miren por todas partes, como quien no vive para sí solo, sino para tan grande muchedumbre como se le encomienda. Ahora bien, que yo sea perezoso y flojo, y que apenas me baste para mi propia salvación, cosas son que tú mismo me has de conceder, por más que trates, por tu amistad, de ocultar como nadie mis defectos. Y no no me alegues aquí ayunos y vigiliass, cama dura, y demás maceraciones corporales; pues, en primer lugar, sabes muy bien cuán lejos estoy de practicarlas; y aun puesto caso que puntualmente las practicara, de nada me servirían, junto a esta tibieza y flojedad mía, para el gobierno de las almas.

No basta, para gobernar la penitencia exterior.

Allá a un solitario, encerrado en su cabaña, y que sólo tiene cuenta consigo mismo, pudiera todo eso aprovecharle grandemente; mas al que tiene que derramarse en tan enorme muchedumbre, y lleva tantas preocupaciones cuantos son sus súbditos, ¿qué provecho digno de cuenta han de traerle sus maceraciones para el aprovechamiento de los demás, si juntamente no posee temple y fortaleza de espíritu? Y

no tengas a maravilla que, aparte las penitencias corporales, busque otra prueba de la fortaleza del alma. Porque despreciar la comida y bebida y cama blanda, vemos que a muchos no les cuesta nada, sobre todo si ya de sí son de complexión fuerte y se han criado en ello desde niños, y, en todo caso, el cuerpo se hace a ello y la costumbre mitiga la aspereza de aquellas maceraciones. Mas soportar una injuria, sobre llevar un daño que se nos haga, una palabra pesada que se nos dirija, burlas que se permitan nuestros propios subordinados, unas con razón y otras sin ellas, reproches sin razón ni propósito de superiores e inferiores, sufrir todo eso, repito, no es negocio de todos, sino de uno o dos, cuando mucho. Y fácil cosa es observar cómo algunos, muy fuertes y rigurosos en sus penitencias, puestos en esotros trances, hasta tal punto pierden los estribos, que se enfurecen más que animales feroces.

A éstos, menos que a nadie, hay que consentir traspasen el umbral del sacerdocio, pues el hecho de que el prelado no esté macilento a fuerza de ayunos ni ande con los pies descalzos, ningún daño causa al común de la Iglesia; mas un carácter áspero es fuente de calamidades para el que lo tiene y para sus prójimos. Además, ninguna amenaza hay de parte de Dios contra los que no practiquen aquellas maceraciones; mas a los que se irritan, se les amenaza con el infierno y sus tormentos (Mat., 5, 22). Y así como dijimos que los ambiciosos de vanagloria, cuando toman en sus manos las riendas del gobierno, no hacen sino echar leña al fuego de su ambición; así aquí, si el que a sus solas, o tratando en pocos, no fue capaz de domeñar su ira, sino que fácilmente se dejó arrebatar de ella, cuando se le encomiende el gobierno de toda una muchedumbre, se convierte en una fiera, azuzada por infinitas partes, que ni podrá vivir en paz ni dejará vivir a los demás, acarreando, por añadidura, sobre sus encomendados males sin cuento. Nada hay, en efecto, que así enturbie la limpidez de la inteligencia y oscurezca la mente como la ira desordenada y que se precipita con ímpetu arrebatado. “La ira —dice la Escritura— aun a los prudentes pierde” (Prov., 15, 1). Por que, oscurecido el ojo del alma, lucha ésta como entre sombras, y no sabe distinguir amigos de enemigos, nobles o plebeyos, sino que a todos los pasa por el mismo rasero, y a trueque de saciar su gusto, rompe fácilmente por cualquier inconveniente y arrostra cualquier daño que haya que sufrir. Gusto dije, pues le hay en aquel incendio del ánimo, aunque sea la tiranía que sobre él ejerce mayor que el mismo placer, quitándole toda paz y tranquilidad

y trastornándole de arriba abajo. La ira, en efecto, nos levanta fácilmente a la arrogancia, nos impele a enemistades intempestivas, produce odios irracionales, ofensas sin razón ni propósito, y fuerza a hacer y decir muchas otras cosas semejantes; de tal suerte, que el alma arrastrada por el tumulto de la pasión, no sabe dónde estribar para resistir el empuje de su arrebato.

Basilio.— Mira, ¡no puedo aguantar más que sigas así fingiendo! Pues ¿quién no sabe cuán lejos estás tú de esa enfermedad?

Crisóstomo.— ¿Pues qué?, oh bienaventurado varón, ¿quieres por eso que me arroje a la hoguera o que azuce a la fiera amansada?

Sea el superior dechado de sus súbditos.

¿O es que ignoras que no es eso mérito de mi virtud, sino que me viene de mi amor a la vida tranquila? Ahora bien el que tiene un carácter así, contento puede estar sí, atendiendo a sí solo y no teniendo más que uno o dos amigos, se conserva inmune de aquel incendio de la ira; mas no se le ocurra arrojar en el abismo de preocupaciones que es el gobierno de los demás. En este caso, ya no sería sólo a sí mismo a quien dañaría, sino que arrastraría a muchos otros consigo por el despeñadero de la perdición, o por lo menos, los haría más flojos para la práctica de la virtud. Pues por ley de su naturaleza, la muchedumbre mira generalmente, como dechado y modelo, las costumbres de los que la gobiernan y a ellas trata de conformar las suyas. ¿Cómo, pues, curará la hinchazón de sus súbditos el superior hinchado? ¿Quién querrá dominarse al primer conato de ira, si ve a su superior colérico? Porque no es posible, no, no es posible que los defectos de los sacerdotes queden ocultos; aun los más menudos se hacen inmediatamente patentes. Allá un atleta, que se está metido en su casa, mientras no lucha con nadie, puede muy bien disimular su flaqueza, si la tiene; mas una vez que se desnuda y baja a la arena, al momento se demuestra lo que es. Lo mismo pasa entre los demás hombres. Los que viven vida particular y no entienden en negocios tienen la soledad por capa de sus propios defectos; mas si salen al público, ya no tienen otro remedio que quitarse aquella capa, y por sus movimientos de afuera muestran desnudas sus almas a los ojos de todos.

“Leceat lux vestra”.

De aquí resulta que así como las virtudes de los sacerdotes aprovechan a muchos, como una exhortación viva a la imitación, por el mismo caso sus defectos desalientan igualmente a muchos en la práctica de la virtud y los hacen aflojar en las dificultades de la vida de perfección. Por eso, es necesario que por todas partes resplandezca la hermosura de sus almas, para que juntamente alegre e ilumine las almas de los que ven sus ejemplos. Pues los pecados de la gente vulgar, como si se hicieran a sobre de tejado, sólo al que los hace dañan; mas la falta de un hombre que está sobre el candelero y a quien todos miran, a todos produce daño: A los que ya eran flojos y tibios para la virtud los vuelve más tibios y flojos todavía, y a los que tratan de su aprovechamiento, los incita a la soberbia. Además, los pecados de un hombre ordinario, aun dado caso que salgan a pública plaza, a nadie hieren demasiado; mas los que están puestos sobre el pináculo de esta dignidad, en primer lugar, están expuestos a las miradas de todos; y en segundo y principal, aun cuando caigan en ligerísimas faltas, lo en sí ligero, parece grande a los ojos del mundo; pues no miden el pecado por el hecho, en sí, sino por la dignidad del que pecó. Por lo cual, tiene el sacerdote que andar pertrechado de unas como diamantinas armas que le cubran todo, conviene saber, de intenso empeño y constante vigilancia sobre su vida, y mirar por sus cuatro costados, no sea que el enemigo descubra un portillo abierto y sin defensa y por ahí le dé golpe de muerte. Por todas partes, en efecto, le rodean enemigos dispuestos a herirle y derribarle, y no sólo enemigos declarados, sino muchos que aparentan amistad.

Sea el sacerdote intachable en su conducta.

En conclusión, hay que escoger para el sacerdocio almas que tengan aquella virtud que por la gracia de Dios tuvieron los cuerpos de los niños arrojados al horno de Babilonia; pues han de vivir en medio de un fuego que no se alimenta con sarmientos ni con pez ni con estopa, sino de algo más terrible que todo eso. Ni se trata siquiera de fuego sensible, sino de aquella devoradora llama de la envidia que los envuelve, y por doquiera se levanta y con más encono los ataca y

con más cuidado escudriña sus vidas, que el fuego aquel del horno los cuerpos de los niños. Apenas, pues, el fuego de la envidia da con el rastro de unas pajuelas y astillas secas, allí se prende en seguida y las reduce a cenizas. Y aunque el resto de la conducta sea más limpia y brillante que los rayos del sol, con el humo de aquella mínima porción dañada quema chamuscada y oscurecida toda. Si, en efecto, la vida del sacerdote está de todo punto concertada, será inatacable a las insidias de los envidiosos; mas si en algo se descuida, como es natural que se descuide, siendo como es hombre y atravesando que atraviesa este mar incierto de la vida, ¡adiós méritos y virtudes! Nada podrá ya tapar la boca de sus acusadores, pues bastará aquel mínimo defecto para echar una sombra sobre todas las demás virtudes. Y es cosa de ver cómo todo el mundo se empeña en juzgar al sacerdote, no como a quien está envuelto en la carne, no como a quien cupo naturaleza humana, sino como a un ángel, como a quién estuviera ya libre de toda humana flaqueza. Mientras un tirano se mantiene firme en el poder, todos le temen y adulan, ya que no pueden pensar en derribarle; mas apenas ven que la conjuración prospera, dejan el fingido temor, y los antes amigos se tornan enemigos, y atacándole por sus puntos flacos, que ellos como nadie conocen, le quitan el poder.

Envidia entre hermanos.

Lo mismo se cumple con el sacerdote. Los mismos que le temían y adulaban mientras estaba en el poder, apenas ven un asidero por pequeño que sea, se aprestan con furor a derribarle no sólo como a un tirano, sino como peor, si cabe, que a un tirano. Y como el tirano ha de temer su propia guardia personal, así el sacerdote ha de temer, sobre todo, a los que tiene junto a sí como compañeros de ministerio; pues nadie, como éstos, apetece la dignidad que él posee, y nadie tampoco, como ellos, conoce sus flaquezas. Estando como están juntos a él, si algún desliz comete, antes que nadie lo saben y mejor que a nadie se les cree; con lo que les es fácil calumniar, y, haciendo grande lo pequeño, derriban al calumniado. Y aquí se cumple al revés el dicho aquel del Apóstol: “Si un miembro padece, se alegran todos los otros, y si un miembro es glorificado, sufren todos los otros” (I Cor., 12, 20), a no ser que haya alguien dotado de tal espíritu de piedad que pueda hacer frente a todo. ¿Y quieres mandarme a mí a guerra tan

grave, y te has creído que es mi alma capaz de sostener una lucha tan varia y multiforme? ¿De dónde y por quién supiste tal cosa? Porque si fue Dios quien te lo reveló, muéstrame acá el oráculo divino y lo creeré: mas si no hubo tal revelación, y sólo juzgas por parecer humano, sal de una vez de tu engaño, pues justo es que, tocante a mis cosas, antes me creas a mí que a los demás, ya que “nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre” (I Cor., 2, 11). En conclusión, paréceme que si antes no, ahora, por lo menos, con cuanto acabo de decirte, has debido de convencerte que de haber yo aceptado aquella dignidad me hubiese puesto en ridículo a mí mismo y a los que me eligieron y hubiera tenido que volver con grave quebranto al mismo estado en que al presente me hallo. Porque quiero que sepas que no es sólo la envidia, sino algo más violento que la envidia: el apetito y ambición de esta dignidad, lo que arma de ordinario a muchos contra el que ya la posee. Sucede como con los hijos avaros que llevan muy a mal la vejez de sus padres. Así éstos, como vean que el sacerdocio se prolonga por mucho tiempo, ya que quitar la vida al sacerdote sería un crimen, se esfuerzan al menos por quitarle la dignidad, acuciados por el deseo de sustituirle en ella y abrigando cada cual la esperanza de que vendrá a parar a él derechamente la sucesión.

Luchas y bandos en la elección.

¿Quieres que te muestre otra forma de esta lucha, llena también de infinitos peligros? Pues ¡ea! Asómate a las públicas festividades en que se acostumbre principalmente hacer las elecciones para las dignidades eclesiásticas y allí verás que llueven sobre el sacerdote tantas acusaciones cuanta es la muchedumbre de sus súbditos. Porque todos los que tienen poder de conferir ese honor se dividen entonces en mil banderías, y no hay manera de que el colegio de los presbíteros se acuerde consigo mismo ni con su obispo, sino que unos y otros se mantienen firmes en su partido, prefiriendo unos a uno y otros a otro. Y la causa es, porque no miran todos a lo único que debieran mirar: a la virtud del alma, sino que son otros los caminos por donde se llega a este honor. Unos, por ejemplo, dicen: “Elójase a fulano, porque es de familia ilustre; a zutano, porque es rico, y no tendrá necesidad de vivir de las rentas de la Iglesia; al otro, porque se pasó del bando contrario”, y así por el estilo. Uno mira al amigo, otro al pariente, el

de más allá quiere que a todos se anteponga el que sabe adular mejor. Lo que nadie mira es la idoneidad del sujeto, ni se para nadie a contrastar los quilates del alma.

Ni la sola piedad ni la mera edad bastan para elegir el sacerdote.

Por lo que a mí toca, tan lejos estoy de creer que sean esas pruebas dignas de tenerse en cuenta para la aprobación de los sacerdotes, que más bien me atrevo a decir que ni siquiera quien hubiere dado muestras de una gran piedad —aquella piedad precisamente que sabemos es tan útil para esta dignidad—, ni a éste siquiera por el solo hecho de ser piadoso, puede inmediatamente designársele, si juntamente no da pruebas de una grande inteligencia. Porque yo sé de muchos que, apartados de todo y consumidos por los ayunos, mientras pudieron vivir para sí solos y atender a su propio adelantamiento, tuvieron gran cabida y valimiento ante Dios, y día a día iban creciendo, y no en pequeña medida, en aquella celestial filosofía; mas apenas salieron al mundo y tuvieron que corregir las ignorancias de los demás, o se sintieron ya desde el principio impotentes para tamaña tarea, o, si por fuerza perseveraran en ella, terminaron por abandonar su antiguo fervor, se hicieron a sí mismos gravísimo daño y no aprovecharon en nada a los demás.

Por otra parte, tampoco es de suyo motivo que uno haya pasado toda su vida en un grado inferior del ministerio y envejecido en él, para que sin más ni más y por solo respeto a la edad, se le suba al grado superior. Pues, ¿qué decir si tras aquella larga edad sigue siendo tan inepto como de joven? Y no se crea que digo esto con intención de deshonar las canas. Ni quiero tampoco sentar como ley que haya absolutamente que apartar de esta dignidad a los que proceden de la vida solitaria, pues ya hemos visto a muchos que venidos de la grey monacal han brillado en el episcopado; lo que yo quiero hacer ver es que, si ni la piedad ni la edad son de suyo motivos suficientes, para aprobar a un sacerdote, muchos menos podrán serlo los que arriba se alegaban. Y lo grave es que aun se alegan otros más disparatados, pues a unos los elevan al orden clerical a fin de que no se pasen a los enemigos; a otros les sirve de motivo a la elección, su propia maldad, a fin de que no cometan mayores desaguisados, si se los rechaza. Mas, ¿puede darse nada más inicuo que adular a hombres a

quienes habría que castigar, rebosando como están de maldades, y por lo que no debiera consentírseles traspasar el umbral de la Iglesia, por eso precisamente levantarlos a la dignidad sacerdotal? ¿Y buscaremos todavía, amigo mío, buscaremos la causa de la cólera divina, cuando ponemos, para profanarlas, las cosas más santas y venerandas en manos de hombres que o son malvados o ineptos de todo punto? Pues desde el momento que unos ponen mano en el gobierno de cosas que absolutamente no les atañen y otros se abalanzan a los que están por encima de sus fuerzas, convierten la Iglesia en un Euripo o mar revuelto.

Burlábame yo, en otro tiempo, de los gobernantes del siglo, porque repartían los cargos honoríficos, no en atención a las virtudes del alma, sino por consideración a las riquezas, al número de años y a las recomendaciones humanas; mas una vez que he oído que esta insensatez se introdujo también entre nosotros, ya no me espanto tanto de aquel proceder. Pues ¿qué tiene de extraño que hombres seculares, amadores de la gloria y aura popular, que no miran en sus acciones otro blanco que el dinero, comentan aquellos errores cuando los que profesan apartamiento de todas las cosas no se portan mucho mejor que ellos? Debátense aquí intereses de cielo, y como si fuera cuestión de yugada más o menos de tierra, o cosa semejante, echan mano del hombres del montón, sin discernimiento alguno, y los ponen al frente de aquellas cosas, por las que el Hijo Unigénito de Dios no se desdennó de despojarse de su gloria, hacerse hombre, tomar forma de esclavo, ser escupido y abofeteado y, finalmente, morir con muerte afrentosísima.

¡Ni admitir a los indignos ni rechazar a los dignos!

Mas éstos no se paran aquí siquiera, sino que añaden aberración a aberración. En efecto, no sólo admiten a los indignos, sino que rechazan a los dignos. ¡Es necesario, por lo visto, destruir por ambos lados la seguridad de la Iglesia, y como si no fuera bastante el primer motivo para encender la cólera divina, añaden este otro no menos grave! Yo opino, efectivamente, que no es menor mal rechazar a los aptos que admitir a los ineptos. Y así sucede que por ningún cabo puede encontrar consuelo el rebaño de Cristo, ni se le deja que respire en paz. ¿No merece todo eso mil rayos? ¿No merece un infierno más

duro que el mismo que nos amenazan las divinas Letras? Y, sin embargo, todo lo aguanta y disimula aquel que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. ¿Quién podrá dignamente admirar su benignidad? ¿Quién no se espanta de su misericordia? Los cristianos son los que destruyen y corrompen la religión de Cristo más que sus propios enemigos; y El, benigno y misericordioso aun los convida a penitencia. ¡Gloria a Ti, oh Señor; gloria a Ti! ¿Qué abismo de benignidad y clemencia hay en Ti? ¿Cuán grande es la riqueza de tu paciencia? Los que por tu nombre alcanzaron una gloria y honor que de sí no tenían, la emplean luego contra el mismo que se la concedió, y cometen desacato sobre desacato, y conculcan lo más santo y sagrado, rechazando y expulsando a hombres graves y dignos, a fin de que los malvados, a sus anchas y sin miedo de nadie, puedan trastornarlo todo como les diere la gana.

La envidia, causa de rechazar a los dignos.

Si ahora quisiera saber cuáles sean las causas de este mal hallarás que son semejantes a las anteriores, pues uno y otro caso, el admitir a los indignos como el rechazar a los dignos, tiene una sola raíz y, como si dijéramos, una madre común, que es la envidia. Sólo que aquí no se reviste de una forma, sino de varias. “A éste —dicen— hay que rechazarle, porque es joven; a esotro, porque no sabe adular; al de más allá, porque tuvo no sé qué choque con fulano; si elegimos a éste, va a molestarse tal o cual, porque rechazamos al que él propuso y preferimos a otro; éste que viene, es demasiado manso y modesto; pues el otro que sigue, resulta muy violento con los que pecan...” Y así sucesivamente se van desechando unos por un motivo y otros por otro. Motivos o pretextos, en efecto, no han de faltarles. A mano tienen todos los que quieran. Y cuando otro no hay, alegan que es el sujeto demasiado rico, o que no hay que levantarle de golpe a esta dignidad, sino poco a poco y por sus pasos contados, o cualquier otra excusa que se les ocurra, pues por eso no ha de quedar.

Piratas en la propia nave.

Llegado a este punto, yo quisiera preguntarte: ¿Qué hará un obispo, combatido de tan contrarios vientos? ¿Cómo resistir el embate de

tan furiosas olas? ¿Cómo rechazar todos estos ataques? Porque si lleva el asunto conforme a derecha razón, todos se le vuelven enemigos y contrarios a él y a los elegidos. Empiezan al punto las luchas contra él, se levantan sediciones a diario, vuelan las burlas sin número contra los elegidos y no cejan en su empeño hasta lograr o expulsar a los contrarios o introducir los del propio bando. Y viene entonces a sucederle al pobre obispo, como al capitán de navío que introdujera piratas en la propia nave, que están constantemente acechando al mismo capitán, a los marinos y navegantes. Si el obispo cede, y anteponiendo el favor de aquellos a su propia salvación, admite a los que no debiera, entonces en lugar de ellos tendrá a Dios por enemigo. ¿Y puede haber nada más grave que esto? Aparte de que su situación empeora respecto de sus contrarios, pues se confabularán entre sí, cobrando nuevas fuerzas de su misma unión. Porque así como levantándose fieros vientos contrarios se hincha y embravece el mar antes tranquilo y perecen los navegantes, así la Iglesia recibiendo en su seno hombre corruptores, pierde su calma y sufre mil tormentas y naufragios.

El sacerdote, armonía de contrarias cualidades.

Considera, pues, qué tal haya de ser el que tiene que resistir todo ese temporal y sobrepujar delicadamente tantos obstáculos como se oponen al bien común. Tiene, en efecto, que ser al par grave y sencillo, temible y amable, imperioso y comunicativo, insobornable y acogedor, humilde sin servilismo, vehemente y manso, para que pueda fácilmente hacer frente a todo lo dicho y por encima de todo, así le contradiga todo el mundo, hacer uso de toda su autoridad para recibir el idóneo; y por el mismo caso, aun cuando todo el mundo conspire, rechazar al que no lo es, sin tener otra mira que la edificación de la Iglesia, ni torcerse jamás por enemistad o favor. Siendo esto así, ¿no te parece que tuve razón de no admitir el ministerio de tan grave negocio? Y, sin embargo, aun no te lo he dicho todo; aun me queda larga tela cortada. Ruégote que no te canses de oír a un amigo sincero y verdadero, que quiere convencerte de la sinrazón de lo que le imputas. Aguántame, te digo, pues quizá mis razonamientos puedan ser útiles para algo más que sinceramente ante ti, y puedan también contribuir al mejor servicio del grave ministerio de que tratamos. Necesario me parece, en efecto, que quien un día ha de entrar por este

camino y género de vida, mire bien antes e investigue todas sus vueltas, y revueltas, y así enterado, ponga manos al ministerio. ¿Por qué toda esa investigación? Porque, ya que otra ventaja no hubiera de ir bien informado de todos los tropiezos y recodos del camino, al menos no le cogerán de nuevo, cuando luego diere con ellos.

El cuidado de las viudas.

Entre las otras cosas que te dije me faltaban por tratar, ¿por cuál te place que empiece, por la protección de las viudas, por el cuidado de las vírgenes o por el ejercicio, erizado de dificultades, de la potestad judicial? Pues cada uno de estas cosas lleva consigo su particular preocupación y, más que preocupación, temor. Y en primer lugar, para empezar por aquello que parece más sencillo que lo demás, parece a primera vista que el cuidado de las viudas no había de traer más preocupación a los que las tienen a su cargo, sino el empleo del dinero a este fin destinado, más, en realidad, no es así.

Ya el solo ponerlas en lista es cosa que requiere muy diligente examen, pues de haberlas inscrito a la buena de Dios y como se presentaban, se han seguido infinitos inconvenientes. Ellas han corrompido las casas, han desunido los matrimonios, y han sido muchas veces cogidas con el hurto en las manos, comerciando ilícitamente o cometiendo otras acciones inconvenientes. Ahora bien que gente de esa ralea sea alimentada con los bienes de la Iglesia, cosa es que ha de atraernos el castigo de Dios, la más absoluta condenación de parte de los hombres y el retraimiento de los que quisieran practicar la beneficencia. Porque ¿quién querrá que el dinero que se le mandó entregar a Cristo, se gaste en provecho de los que deshonoran el nombre de Cristo? De ahí que se requiera diligente examen, a fin de que no sólo las susodichas, mas ni siquiera aquellas que tienen con que vivir de lo suyo, consuman la mesa de los necesitados.

La fiera insaciable.

Y aun después del examen otro cuidado no menor: Que los alimentos manen con abundancia, como de una fuente que no se seque jamás. Porque eso de la forzada pobreza es una fiera insaciable, que-

jumbrosa e ingrata, y es menester mucha prudencia y diligencia para taparle la boca y cortar todo pretexto de murmuración. Ahora bien; apenas ve la gente a uno sin apego al dinero, le disputan al punto como muy a propósito para este servicio; yo por mi parte, no soy de ese parecer. No es que no crea que esa magnanimidad no haya de ir delante de todo, ya que sin ella no será administrador, sino dilapidador; no pastor, sino lobo; lo que digo es que no basta ello por sí, si no posee juntamente otra cualidad, aquella virtud que es fuente de todos, los bienes para el hombre, conduciéndole y resguardándole como en un puerto tranquilo: la paciencia. Pues las viudas, por su pobreza, por su edad, por su misma naturaleza, son una casta de gentes que tiene hartos suelta la lengua (más vale que lo digamos así). Chillan a des-tiempo, acusan sin motivo, se lamentan de lo que debieran dar gracias y arman un pleito por lo que debieran alabar. Pues todo eso ha de sobrellevar generosamente el que está al frente de ellas, sin irritarse por sus molestias importunas, ni por sus críticas sin razón. Justo es, en efecto, que se las compadezca por su desgracia, más bien que injuriarlas por ella. Realmente, insultar su desgracia, y al dolor de la pobreza añadirles el de la injuria, sería el colmo de la crueldad. Por eso, aquel varón sapientísimo, que sin duda consideró bien cuán avara y soberbia sea la naturaleza humana y que sabía cuán fiera cosa es la pobreza, capaz de derribar al alma más generosa y hacerle perder la vergüenza para volver mil veces sobre lo mismo; a fin de que no se irrite el hombre importunado por los pobres y se torne enemigo suyo el que debiera socorrerlos, quiere disponerle a la benignidad y afabilidad con el necesitado y así le dice: “Inclina tu oído al pobre sin tristeza y respóndele con dulzura palabras de paz” (Eccli., 4, 8). Y dejando a un lado al que exaspera al pobre (pues, ¿qué cabe decir al que está echado?) va hablando el Sabio con el que sabe sobrellevar la flaqueza del pobre y le exhorta a que antes de darle su limosna, le levante y aliente con la suavidad de las palabras.

En el caso de las viudas, bien está, naturalmente, que no se defraude nada de lo que a ellas se destina; mas si se las abruma a improperios e injurias o se las trata con dureza, no sólo no se aligera con los donativos la tristeza de su pobreza, sino que se les hace mayor daño con las injurias. Pues aunque la necesidad de su vientre las obliga a ser desvergonzadas, sin embargo sienten esta violencia. Y si por temor al hambre se ven forzadas a mendigar, y mendigando pierden la vergüenza, y por perder la vergüenza son, finalmente, maltra-

tradas, viene a caer sobre ellas todo el peso de una tristeza varia y multiforme y que de todo punto las ensombrece. Por eso, el que tiene cuidado de ellas ha de ser tan magnánimo que no sólo no la aumente con sus irritaciones, sino que se la alivie con palabras de consuelo. Un rico que recibe una injuria, no parece ya gozar de la abundancia de su riqueza, pues se lo impide la herida que se hizo a su honor; pues por modo contrario, el pobre que oye una palabra dulce y que recibe con su gota de consuelo la limosna, se alegra y regocija más, y el don se dobla por el buen modo de darlo. Y no digo yo todo esto de mi cabeza, sino aprendido de aquel mismo que antes nos exhortaba y que ahora igualmente nos dice: “Hijo, en el bien que hagas, no pongas vituperio, ni en tu limosna palabra de tristeza. ¿No es el rocío el que mitiga el calor? Pues así es mejor la palabra que el don. He aquí que la palabra está sobre el don; pero ambas cosas tienen el varón agraciado” (Eccli., 18, 15, 17).

No amontonar, sino socorrer.

Mas no sólo ha de ser manso y sufrido el encargado de viudas y pobres, sino también, y en mayor grado todavía, buen administrador; pues si esto no hay, los bienes de los pobres vienen a sufrir el mismo daño antes dicho. Pues ya se dio el caso de encomendar esta administración a hombre de mano estrecha, que todo se le iba en amontonar oro. Ciertó que no la malbarató en su provecho, pero tampoco lo gastó en beneficio de los necesitados, fuera de unos cuantos. Le pareció mejor guardarlo bien escondido bajo tierra, hasta que, viniendo un tiempo de revuelta, se lo llevaron los enemigos. Así, pues, gran previsión es menester a fin de que ni sobren ni falten los bienes de la Iglesia. Distribúyase al punto entre los necesitados lo que se recoja y colóquense los tesoros de la Iglesia en la buena voluntad y generosidad de los fieles.

Los huéspedes y los enfermos.

Y pasando a otro punto, ¿qué gastos y qué prudencia y diligencia te parece que requiere por parte de los que entienden en ello, el hospedaje de los forasteros y el cuidado de los enfermos? No es, en

efecto, menor la prudencia que los gastos y aun muchas veces mayor. El encargado de estos menesteres ha de ser generoso en el dar y a la vez cuidadoso y prudente, a fin de que los bienhechores den sus bienes generosa y alegremente, y no suceda que por atender al alivio de los que sufren, hiera las almas de los que dan. Mas tratándose sobre todo de enfermos, es menester extremar la paciencia y solicitud, pues el enfermo es difícil, de suyo, de contentar y pronto al desánimo y tristeza, y si no se pone en toda la más exquisita diligencia y atención, basta un ligero descuido para producirle grande daño.

El tesoro de las vírgenes.

Pasando ahora al cuidado que las vírgenes requieren, negocio es éste de tanto más temor cuanto es más precioso el tesoro que se nos encomienda, y tanto mayor ha de ser la solicitud del pastor, cuanto el rebaño toca de más cerca al rey. Ya se han introducido en este coro de santas vírgenes, otas que venían cargadas de pecados, cosa más de lamentar aquí que en ninguna otra parte. Porque así como no es lo mismo que peque una noble doncella, que su criada, así tampoco es lo mismo que peque una virgen que una viuda. Para las viudas, son cosas de poco más o menos charlatanear, injuriarse unas a otras, adular, andar desvergonzadas, presentarse por todas partes, dar vueltas a la plaza; mas la virgen bajó a la arena para más alto combate: Ella emula la más alta y divina filosofía, profesa imitar en la tierra la vida de los ángeles en el cielo y se propone competir en su carne moral con la pureza de aquellas incorpóreas potestades. Por eso, no se le consienten salidas inútiles y frecuentes, ni conversaciones ociosas y vanas; injurias y adulaciones, ni el nombre ha de saber. La virgen necesita de una guarda cuidadosísima y de mayor ayuda que ningún otro estado; pues por un lado, el enemigo de la santidad las vigila y acecha siempre y con más cuidado que a las demás, presto a devorar a cualquiera que vea resbalar o caer; y por otro, son también muchos los hombres que maquinan contra ellas. Y, finalmente, junto con hombres y demonios, está la furia de la propia naturaleza. En una palabra, doble es el combate que la virgen ha de sostener, uno que le viene de fuera y otro en su propio interior. Por todo lo cual, gran temor ha de tener el que a su cargo tiene asunto tan delicado, y mayor que el temor es el peligro, y tras el peligro, el dolor si alguna vez, lo

que Dios no permita, sucede algo desaconsejadamente. Pues si “la hija es para su padre vigilia oculta y su cuidado le quita el sueño” (Eccli., 42, 9) por temor de que sea estéril, o se le pase la flor de la edad sin casarse, o, y casada, sea aborrecida de su marido, ¿qué no sufrirá quien ha de tener respecto de las vírgenes preocupaciones más graves que todas esas? Porque no es aquí un hombre el que se desprecia, sino el mismo Cristo; y no se trata de una esterilidad que acarrea deshonor, sino de un mal que termina en la perdición del alma. “Todo árbol —dice el Evangelio— que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego” (Mat., 3, 10). Y no bastará aquí, caso que la esposa sea aborrecida del marido, tomar el libelo de repudio y marcharse, sino que el aborrecimiento se paga con castigo eterno.

Además, el padre natural tiene muchas cosas que le facilitan la guarda de su hija: La madre, la nodriza, la muchedumbre de criadas, la seguridad de la casa, todo, en fin, coopera al intento del padre; porque no a todo momento se la consiente salir a la plaza, ni, caso que saliere, tiene necesidad de mostrarse al primero que topare, pues las sombras de la noche pueden cubrir a la que no quisiera mostrarse tan bien como las paredes de la casa. Por lo demás, libre está, si ella no lo busca, de todo pretexto para presentarse a las miradas de los hombres, pues ni tiene que preocuparse de las necesidades de la vida, ni hay quien la agravie ni ofenda, ni hay, en fin, cosa alguna que la haya forzosamente de poner en trance de verse frente a un hombre, como quiera que su padre lo es todo para ella. A la hija no le queda otro cuidado que el de no decir palabra y cometer acción alguna que no diga con su honor y decoro. El caso de las vírgenes es muy distinto; pues aquí son, por el contrario, muchas las circunstancias que hacen al padre difícil por no decir imposible, la guarda de sus hijas. En primer lugar, no le es posible tenerla consigo en su casa, pues esta cohabitación ni sería conveniente ni carecería de peligro. Aun dado caso que ningún daño sufrieran ellos, sino que conservaran por toda su vida una santidad incontaminada; sin embargo, no por eso habrían de dar cuenta menos rigurosa de las almas que escandalizaron que si mutuamente hubieran pecado. Ahora bien, no siendo posible vivir juntos, tampoco resulta fácil conocer a fondo los movimientos del alma, a fin de cortar de todo punto los desordenados y fomentar y llevar a perfeccionamiento los ordenados y rectos; ni podrá tampoco fácilmente indagar las salidas en público. La pobreza, en efecto, y la falta de ayuda en que la virgen pueda encontrarse, no consentirán al

sacerdote que pueda seguirle todos los pasos y examinar puntualmente si su conducta es en todo conforme con su decoro; ya que si ella ha de procurárselo todo, hallará pretextos para sus salidas, sobre todo si le da por vivir locamente. Por eso, si se las manda permanecer siempre en casa, es menester cortar también de raíz todos esos pretextos, procurándoles todo lo necesario y una mujer que se lo administre. Y convendría además, que aun de entierros y vigiliass se las tenga apartadas. Porque sabe muy bien, sabe aquella astuta serpiente infiltrar su veneno hasta en las buenas obras, y es necesario por ende, amurallar por todas partes a la virgen, y que sean muy contadas las veces que al año salga de casa, y aun ésas, cuando motivos ineludibles y forzosos lo demanden urgentemente.

Ventajas de hacer las cosas por sí mismo.

Mas si alguno objetare que no hay por qué encomendar ninguna de esas cosas al obispo, sepa que a él se refieren en último término los cuidados y resolución de lo que en cada caso pueda ocurrir; y así, más le vale administrar y resolver él por sí mismo y librarse de los cargos que pudieran venirle de los errores de los demás, que no, por librarse de un poco de trabajo, tener que responder de lo que otros pecaron. Además, el que por sí mismo hace las cosas, puede despacharlo todo con suma facilidad; mas si ha de encomendarlo a otros, tiene que empezar por reducirlos a su opinión y parecer, y no es tanto alivio de trabajo lo que consigue como quebraderos de cabeza con la contradicción de los que no aceptan su manera de ver. En fin, que no terminaría nunca de enumerar las preocupaciones y cuidados que exigen las vírgenes, empezando por el examen y diligencia para inscribirlas en el catálogo de ellas.

Dificultad del ejercicio judicial.

Pues si ahora venimos a lo que atañe a los juicios, infinitas son aquí las molestias, grande la pérdida del tiempo; tantas, en fin, las dificultades cuales no las sufren ni los mismos jueces del siglo; pues ya el mero hallar la justicia es cosa difícil y no menos, una vez hallada, no corromperla. Y menos mal si sólo fuera molestia y pérdida

de tiempo; a ello hay que añadir un no pequeño peligro. Ya se ha dado, en efecto, el caso de que, gentes humildes que han tenido que ver con los tribunales, al no encontrar protección, han venido a naufragar en la fe. Porque hay mucha gente, lo mismo entre los ofendidos que entre los ofensores, que odian sin más a cualquiera que no los protege, sin que valga alegarles ni la complicación de los asuntos, ni la dureza de las circunstancias, ni la limitación del poder sacerdotal. A nada atienden y nada consideran. Son jueces inexorables y sólo una defensa admiten: Que se les libre de los males que sufren. Quien esta defensa no puede presentar, dése por juzgado y sentenciado, por más que alegue mil otros motivos.

Visitas y cumplimientos.

Y a propósito de protección, quiero descubrirte otra fuente de murmuración y críticas contra la conducta del sacerdote. Pues es el caso que si el obispo no recorre a diario las casas, como las vendedoras del mercado, hay infinitos que se ofenden de ello. Ya no son sólo los enfermos los que quieren ser visitados, sino también los sanos, y no precisamente movidos de espíritu de religión y piedad, sino, las más veces, por vanidad y ganas de ostentación. Y Dios nos libre que por exigirlo así o una urgente necesidad o el bien general de la Iglesia, tenga el sacerdote que visitar con alguna mayor frecuencia a algún rico o poderoso; al punto se le cuelga el sambenito de servilismo y adulación. Mas, ¿qué digo protección y visitas? De los saludos mismos hace la gente materia de acusación, hasta tal punto, que muchas veces el sacerdote se siente agobiado y hasta abatido por el peso de tanta murmuración, como quiera que se le pide cuenta hasta de una sencilla mirada. Lo que él hace, en efecto, con absoluta sencillez, la gente lo escudriña maliciosamente, le contrastan y miden la voz, examinan cómo pone los ojos, y le pesan la cantidad de risa que gasta. “A fulanito –dicen– le rió copiosamente y le habló con cara brillante y con voz sonora; a mí sólo un poquito y de pasada...” Pues si en una reunión de mucha gente, no vuelve los ojos a todas partes mientras habla, los preteridos lo toman a injuria. Siendo esto así, ¿quién será bastante fuerte para enfrentarse con ese enjambre de acusadores, y ya que no sea posible que no le acusen en absoluto, por lo menos, se le absuelva después de acusado? El ideal, en efecto, sería no tener acu-

sadores de ningún género; mas ya que esto no se alcance, pues siempre hay quien se recrea en acusar sin motivo y porque sí, procúrese al menos deshacer las acusaciones, y si, finalmente, tampoco esto nos resulta hacedero, hay que resistir valientemente la tristeza y abatimiento que de ahí puede originarse.

No abatirse de ánimo por la falsa acusación.

Porque el que justamente es acusado, no ha de sentir extraordinaria dificultad en sufrir al que le acusa, pues, comoquiera que no hay acusador más áspero que la propia conciencia, si éste que es más duro nos condena, ello mismo nos hace más blandos a los acusadores de fuera. Mas que no le remuerda a uno de nada su conciencia y se vea, sin embargo, acusado sin razón ni motivo, cosa es para irritar a cualquiera y sumirle en la tristeza, si antes no se ejercitó muy bien en sobrellevar las ineptias del vulgo. Porque no, no es posible que acusado sin razón y condenado, deje nadie de turbarse poco o mucho, y ser absolutamente insensible a tamaña iniquidad.

Dolor por un miembro amputado.

¿Y quién dirá ahora las tristezas que ha de sufrir un obispo, si llega el caso de tener que amputar un miembro del cuerpo de la Iglesia? ¡Y ojalá parara todo el mal en tristeza! El caso es que hay aquí peligro de una gran ruina, pues es muy de temer que el fiel, castigado más allá de lo debido, venga a sufrir lo que ya dijo San Pablo: “Que sea consumido por el exceso de tristeza” (2 Cor., 2, 7). Así, pues, también aquí se requiere máxima cautela, no sea que lo que se instituyó para remedio, venga a convertirse en ocasión de mayor daño. Porque si el médico no supo debidamente cortar en la herida, reo se hace de cuanto el enfermo sufiere después de aquella desgraciada cura. ¿Qué castigo, pues, no habrá de esperar aquél a quien no sólo ha de pedírsele cuenta de lo que de suyo pecó, sino que se expone a extremo peligro por lo que los otros pecaron? Pues si ya temblamos de la cuenta que nos espera por nuestros propios pecados y con dificultad escaparemos del fuego eterno, ¿qué será si tenemos además que responder de tan grandes cargos? Y que esto sea pura verdad, óyeselo al Apóstol San Pablo, o por mejor, decir al propio

Cristo que hablaba en él: “Obedeced a vuestros superiores y estadles sujetos, pues ellos velan por vuestras almas, como quien ha de dar cuenta de ellas” (Hebr., 13, 17). ¿Te parece que no es amenaza para temer? No hay que decirlo.

En conclusión, lo dicho es más que bastante para persuadir aun a los más reacios y duros, que no fue por orgullo ni vanagloria, sino por temor de mí mismo y mirando el peso de este negocio, por lo que emprendí aquella fuga y no acepté esta dignidad.

LIBRO CUARTO

Del Sacerdocio.

Intermedio en el diálogo.

Habiendo oído todo esto Basilio y guardando por unos momentos silencio, rompiólo al cabo diciendo:

Basilio.— Si tú te hubieras empeñado en alcanzar esta dignidad, cierto que todos esos temores de que hablas tendrían para ti razón de ser. Pues quien por el mero hecho de procurarse afanosamente este oficio, se declara idóneo para desempeñarlo, si una vez que le confía fracasa en algo, ya no podrá refugiarse en su impericia, pues él mismo con su apresurado correr para arrebatar esta dignidad, se cortó de antemano esta defensa. El que por gusto y voluntad se metió en esto, ya no tiene derecho a decir: “Sin querer me equivoqué en esto, sin querer fui causa de ruina en lo de más allá”, pues inmediatamente, podrá replicarle el juez que entiende en esta causa: “Pues si tenías conciencia de tu ineptitud y sabías que no era tu inteligencia bastante para cumplir este oficio sin error, ¿cómo te diste prisa en procurar y te atreviste luego a aceptar un negocio que estaba por encima de tus fuerzas? ¿Quién te obligaba a ello? ¿Quién te trajo a rastras, cuanto tú huías y rehusabas?” Mas a la verdad, que nada de esto dice contigo, pues ni tú tienes que acusarte a ti mismo de haber ambicionado este honor, ni a nadie se le oculta que ni poco ni mucho te lo procuraste, sino que todo fue obra de los demás. De suerte que, lo que en los demás no deja lugar a perdón en sus yerros, en ti resulta una magnífica base de tu defensa.

Moviendo yo la cabeza y sonriéndome un poco al oír esto, me maravillé de la sencillez de mi amigo y díjele:

Crisóstomo.— ¡Ojalá que todo eso fuera como tú dices, oh amigo óptimo entre todos los amigos! ¡Qué más quisiera yo, y no precisamente para aceptar ahora lo que antes rechacé! No, que aunque por atender descuidadamente y venga como viniere al rebaño de Cristo, no me esperara castigo alguno, para mí no habría castigo mayor que, habiéndoseme encomendado cosas tan grandes, mostrarme ingrato con Aquel que me las encomendó. Pues, ¿por qué quisiera yo que esa opinión tuya no fuera falsa?

No hay excusa para el que desempeña mal el sacerdocio.

Para que esos infelices y desgraciados (así hay sin duda que llamar a los que no saben desempeñar debidamente el oficio sacerdotal, por más que una y mil veces me digas y repitas que fueron llevados a él a la fuerza y que pecan por ignorancia), para que esos desgraciados, digo, pudiera escapar de aquel fuego inextinguible y de las tinieblas exteriores y del gusano que nunca muere y de ser partidos por medio y de perecer con los hipócritas. Mas, ¿qué le vamos a hacer, amigo mío? La cosa no es así; no, no es así.

El ejemplo de Saúl.

Y, si te place, voy a darte la prueba de lo que digo, empezando por la realeza, de la que, sin embargo, no hace Dios tanta cuenta como del sacerdocio. Aquel famoso Saúl, hijo de Cis, no fue rey porque él se empeñara en serlo, sino que salió el hombre de su casa en busca de unas pollinas, y con el fin de preguntarle sobre ellas, se acercó al profeta y éste fue quien le empezó a hablar del reino. Y ni aun así se echó a correr tras la corona, a pesar de oírsele de boca de un profeta, sino que suplicaba y rehusaba diciendo: “¿Quién soy yo y quién es la casa de mi padre?” Ahora bien, una vez que abusó del honor que Dios le concedió, ¿le valieron de algo esas palabras para librarle de la ira del que le hizo rey? Y ya se ve si podía muy bien decirle a Samuel, cuando éste le reprendía: “¿Acaso fui yo quien me metí en el reino? ¿Fui yo quien tomé este poder por asalto? Yo sólo quería vivir vida privada, tranquila y sin cuidados y tú me arrastraste a esta dignidad. De haber seguido en aquella humildad mía, fácilmente

te hubiera evitado estos tropiezos; pues siendo uno de tantos, desconocidos de todo el mundo, Dios no me hubiera mandado a esta empresa ni encomendado la guerra contra los Amalecitas, y no encomendándome la guerra, tampoco hubiera cometido este pecado, de que fue ocasión la guerra”. Mas todo eso hubiera sido muy débil defensa, y no sólo débil, sino muy peligrosa y propia más bien para encender la cólera de Dios. Pues es claro que quien ha sido honrado más allá de sus méritos, no puede alegar la grandeza del honor para excusar sus pecados, sino usar del favor recibido de Dios para su mayor perfeccionamiento. Mas el que cree que por haber recibido de Dios mayor dignidad, ya le es lícito pecar, no hace sino convertir la misma benignidad de Dios en causa de sus propios pecados, cosa que tienen costumbre de hacer los que viven rota e impíamente. ¡Lejos de nosotros ese modo de pensar y sentir, y no caigamos en la misma insensatez de los impíos, sino procuremos siempre y en todo hacer cuanto esté de nuestra parte, sintiendo y hablando de Dios pía y religiosamente!.

El ejemplo de Helí, Aarón y Moisés.

Tampoco Helí (pasando ya de la realeza al sacerdocio, de que propiamente estamos hablando), tampoco Helí se procuró por su cuenta esta dignidad. Mas, ¿qué le valió esto cuando pecó? Pero, ¿qué digo procurársela? Ni huir siquiera, aun cuando lo hubiera querido, le fuera posible, por la necesidad que imponía la ley, ya que siendo de la tribu de Leví, tenía que aceptar el sacerdocio que le venía por descendencia de familia. Y, sin embargo de todo eso, también éste tuvo que pagar y no ligeramente, la petulancia de sus hijos (Reg., 2, 12-16). ¿Y qué decir del que fue primer sacerdote entre los judíos y de quien tantas cosas habló Dios a Moisés? Por no haber podido él solo hacer frente a la locura de tanta muchedumbre, estuvo también a punto de perecer; y hubiera sin duda perecido, de no haberse interpuesto su hermano y aplacado la ira de Dios (Ex., 32, 10).

Y ya que te he mencionado a Moisés, será bueno probar también la verdad de mi afirmación por lo que a éste sucedió. Este santo varón, en efecto, tan lejos estuvo de arrebatar para sí el gobierno del pueblo judío, que aun después de dárselo Dios, lo rechazó y fue menester mandárselo aceptar, y con mandado y todo lo rechazó, hasta el punto de irritar al mismo que se lo ordenaba; y no sólo al ofrecérse-

le el gobierno, sino aun después de constituido en él, hubiera muerto con gusto, por verse libre de él. “Mátame –le dice una vez a Dios–, mátame si es que has de obrar así conmigo” (Núm. 11, 15). Ahora bien, al pecar cuando lo del agua (Núm., 20, 12), ¿pudieron todas esas protestas excusarle y ser parte para que Dios se moviera a perdonarle? ¿Y de dónde le vino ser privado de la tierra prometida? De ninguna otra parte, como todos lo sabemos, sino de este solo pecado. Por solo este pecado, no logró este varón admirable lo mismo que alcanzaron sus subordinados, sino que después de tan grandes trabajos y sufrimientos, después de aquella peregrinación incontable, después de tantas guerras y victorias, tuvo que morir lejos de aquella tierra por la que tanto había sufrido. Después de pasar por las tormentas de la alta mar, no gozó de la tranquilidad del puerto.

Conclusión: Confírmase con el ejemplo de Judas.

Ya ves, pues, que a nadie le queda escapatoria para excusarse de sus pecados: ni a los que por fuerza arrebatan esta dignidad, ni a los que por ajeno empeño vinieron a ella. Eligiólos Dios, rechazaron ellos muchas veces la dignidad, y sin embargo, nada pudo librar del castigo o peligro de castigo ni a un Aarón ni a un Helí, ni siquiera a aquel varón bienaventurado, santo, profeta, admirable, el más manso de los hombres que había sobre la tierra, aquel con quien Dios conversaba como con un amigo. Pues mucho menos podrá ser excusa para mí, que disto tan enormemente de la virtud de Moisés, el hecho de que no me remuerda la conciencia de haber apetecido esta dignidad. Más que más, que muchas de estas lecciones nuestras no proceden de la gracia de Dios, sino de meros empeños humanos. Dios escogió a Judas, púsole en el número de aquel santo colegio, concedióle como a los otros la dignidad apostólica, y dióle también algo que no dio a los otros: la administración del dinero. Pues bien, ¿es que Judas escapó del castigo por haber usado de ambas gracias totalmente al revés, traicionando al que debía haber predicado y malgastado lo que debía administrar? ¡Ni mucho menos! Más bien lo que hizo con ello fue atraerse castigo más grave. Porque no es razón abusar de los honores que Dios nos concede para ofenderle, sino para mejor agradecerle.